

El poder

Asegura Zapatero que el poder no lo cambiará. Lo va a tener difícil. Así, a bote pronto, se me ocurren no menos de tres razones para que con el tiempo acabe perdiendo buena parte de su identidad e identificándose en exceso con el cargo.

La primera es la información. Zapatero se halla instalado ya en esa dualidad artificial que divide a la sociedad entre los que quieren que siga gobernando él y los que quieren que gobierne otro. La oposición, los periódicos de otra tendencia y hasta los comentaristas políticos más objetivos se encuentran dentro de ese desdoblamiento engañoso, como consecuencia del cual todas las críticas son malas y todo lo malo que se diga de él sale únicamente de boca de sus enemigos. Así dividido el mundo, los primeros en echar leña al fuego de la desinformación serán los miembros de su equipo, pues vinculados a su cargo por una decisión graciosa del jefe, acabarán no llevándole la contraria jamás, diciéndole sólo lo que quiera oír y empujándole a que siga presentándose.

La segunda es lo posible. Cuando uno se halla en el poder, se percata de que es imposible mucho de lo que antes creía posible. Vienen entonces las excusas, los engaños y las medias verdades. Con el tiempo, el que gobierna acaba creyéndose que hay un lenguaje interno y otro para la ciudadanía lleno de mentiras.

La tercera es la duda. Decidir es elegir entre varias alternativas. Tomada la decisión, uno debe asumirla sin miedo y responder de ella. Pero nunca debe perder de vista que había otras alternativas, quizá mejores. Quienes se acostumbran a decidir y, sea cual sea su decisión, reciben el apoyo de sus incondicionales, acaban por creerse que nunca se equivocan.

Por eso creo que la Ley debería limitar a ocho años la permanencia en un mismo cargo político.